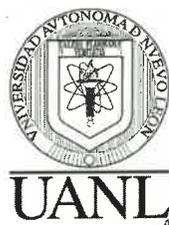


Humanitas

Universidad Autónoma de Nuevo León
Anuario del Centro de Estudios Humanísticos

Núm. 38 Vol. III
Enero-Diciembre 2011

Letras





Dr. Jesús Áncer Rodríguez
Rector

Ing. Rogelio G. Garza Rivera
Secretario General

Dr. Ubaldo Ortiz Méndez
Secretario Académico

Lic. Rogelio Villarreal Elizondo
Secretario de Extensión y Cultura

Dr. Celso José Garza Acuña
Director de Publicaciones

Lic. Alfonso Rangel Guerra
Director del Centro de Estudios Humanísticos
Editor responsable

Mtro. Francisco Ruiz Solís
Corrección de estilo y cuidado editorial

Lic. Claudio Tamez Garza
Diseño

Lic. Adriana López Montemayor
Distribución nacional e internacional

Humanitas, Año 38, Nº 38, Vol. III. *Letras*, Enero-Diciembre 2011. Fecha de publicación: 30 de junio de 2012. Revista anual, editada y publicada por la Universidad Autónoma de Nuevo León, a través del Centro de Estudios Humanísticos. Domicilio de la publicación: Biblioteca Universitaria Raúl Rangel Frías, piso 1º, Av. Alfonso Reyes, No. 4000 Nte., Col. Regina, Monterrey, Nuevo León, México. C.P. 64440. Tel. + 52 81 83294000 ext. 6533. Fax: +52 81 83 29 40 00 ext. 6556. Impresa por la Imprenta Universitaria, Ciudad Universitaria s/n, C.P. 66451, San Nicolás de los Garza, Nuevo León, México. Fecha de terminación de impresión 30 de junio de 2012. Tiraje: 500 ejemplares.

Número de Reserva de Derechos al uso exclusivo del título *Humanitas* otorgada por el Instituto Nacional del Derecho de Autor: 04-2009-091012392000-102, de fecha 10 de septiembre de 2009. Número de certificado de licitud de título y contenido: 14,909, de fecha 16 de agosto de 2010, concedido ante la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. ISSN: 2007-1620. Registro de marca ante el Instituto Mexicano de la Propiedad Industrial: 1,169,990.

Las opiniones y contenidos expresados en los artículos son responsabilidad exclusiva de los autores.
Prohibida la reproducción total o parcial, en cualquier forma o medio, del contenido editorial de este número.

HUMANITAS

ANUARIO

CENTRO DE ESTUDIOS HUMANÍSTICOS DE LA
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

Director Fundador

Agustín Basave Fernández del Valle

Director

Alfonso Rangel Guerra

Jefe de la Sección de Filosofía

Cuauhtémoc Cantú García

Jefe de la Sección de Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez

Jefe de la Sección de Ciencias Sociales

Ricardo Villarreal Arrambide

Jefe de la Sección de Historia

Israel Cavazos Garza

ANUARIO
HUMANITAS 2011

Letras

Alma Silvia Rodríguez Pérez
Coeditora

Posibles simbolismos en *El personaje* de José Alvarado¹

Lilia Cavazos Villanueva *
Universidad de Monterrey

I. La búsqueda

UN HOMBRE, LLAMADO NICOLÁS, despierta de pronto en una pequeña estación de ferrocarril. Lo habían bajado el tren porque no llevaba boleto, en un lugar solitario y en aquella estación que, como poco después se dará cuenta, está vacía en un pueblo muerto.

Nunca llegamos a saber de dónde viene, dónde tomó el tren del que lo bajó el conductor, por culpa de un soldado ebrio. Sólo sabemos que “habían viajado muchas horas” (p. 8), que muchas veces había esperado trenes (p. 7), que en esta ocasión había comido mucho, cosa que no era su costumbre (p. 61), y que fue la luz de la luna la que lo condujo hasta la estación aquella. (p. 3)

Le extraña el silencio, y el polvo que cubre el suelo, y decide revisar el lugar donde se encuentra. Se asusta con el chirrido de un molino de viento. Sale y se encuentra ante un pueblo abandonado. A su frente se extiende una explanada, que atraviesa para dirigirse a La Cantina de los Adioses, a donde entra. Luego va hacia el hotel, de donde sale rápidamente. Llega después hasta un muro, que parecía

*Egresada de la licenciatura en letras de la Universidad de Monterrey.

¹ Trabajo inédito, de finales de los años 70, desarrollado en el curso de la licenciatura.

ser la parte trasera de un templo. Poco después entra en una de las casas. Al salir se sienta en una banca de la Plaza de Armas, bajo un nogal. Por último llega al panteón, en donde comienza a quedarse dormido, tendido sobre el césped junto a la tumba de Concha.

Este es el viaje de Nicolás: de un tren a un pueblo muerto, que recorre y en cuyo panteón se queda, sin ganas de incorporarse, cuando escucha el silbato de un tren.

Pero espiritualmente, el viaje no es meramente una traslación de un lugar a otro en el espacio, sino la tensión de la búsqueda y de cambio que determina el movimiento y la experiencia que de él resulta. Según Jung, viajar es una imagen de la aspiración, del anhelo que nunca ha sido saciado y en parte alguna encuentra su objeto. Agrega que ese objeto puede ser el hallazgo de la madre perdida, aunque esta interpretación no es segura; o bien, inversamente, que el viaje es la huida de la madre. En Nicolás ciertamente encontramos esta búsqueda o aspiración de que habla Jung. Se trata primeramente de una búsqueda de sí mismo, de saber qué es lo que está haciendo en aquel lugar, en ese pueblo abandonado; de ir descubriendo poco a poco su propia persona, verse y sentirse a sí mismo como jamás lo había hecho (sabemos que no lo había hecho porque le extraña descubrirse de pronto observándose). Así, se preocupa de improviso por saber cómo se llamaría el lugar en donde estaba. (p. 21), qué habría pasado con él: “— ¿Qué habrá pasado con este pueblo?”— . (p. 40-41) grita una y otra vez, y luego se lo pregunta al retrato de don Prisciliano. Recorre sus calles, entra en las casas, las revisa, y hasta en el panteón trata de imaginar cómo serían los muertos que allí reposan:

“... veintidós años. ¿Cómo habría sido Bárbara?

Tal vez unos ojos brillaron bajo unos párpados frescos con unas pestañas largas y nerviosas y un rostro pálido de piel suave. Pero, ¿por qué tenía que ser así? ¿Y si hubiera sido una muchacha fea...?” (p. 69)

Al enterarse de los nombres de las personas que vivían en ese pueblo, trataba de identificarlas con gente conocida suya del mismo nombre.

Y mientras va descubriendo el pueblo en donde está, va conociendo también su propia persona, su propio ser, y preguntándose por qué está allí; va teniendo sensaciones que nunca había tenido, y encontrando en sí gestos y sentimientos que antes no había notado:

“Asomó su cara... se quedó viendo sus ojos y los encontró radiosos y limpios; sonrió y, al tocarse la cara con la mano, se manchó; esto le produjo una muestra de enojo que observó y luego repitió deliberadamente, complaciéndose en verse de un modo distinto para él... y, por fin, se quedó viendo frente a frente.

—“Y ¿Qué hijos de la Piscuintilla, estás haciendo aquí? Se dijo a sí mismo”. (p. 27)

Va experimentando también sensaciones nuevas; como cuando medio se desnuda en mitad de la calle:

“Reía sintiéndose libre de pudor, igual que si estuviera dentro de las cuatro paredes de un recinto estrecho y oscuro. Y así, semidesnudo, dio dos o tres **brincos sobre** la banqueta. Se veía sus piernas flacas y morenas, ligeramente velludas, e iba a tenderse sobre la banqueta, pero el polvo le hizo desistir...” (p. 41)

“... Nicolás no dejó de pensar y ello le produjo una sonrisa interior, en la coincidencia de darse al mismo tiempo cuenta de su riqueza, su poder, y su hambre”. (p. 63)

Investigar, indagar, buscar, vivir sensaciones nuevas, son modalidades de viajar, o mejor dicho, equivalentes espirituales y simbólicos del viaje.

Este viaje de Nicolás, no sólo es búsqueda de sí mismo, y descubrimiento del lugar en donde está, sino también es búsqueda de un Dios que aparentemente no encuentra. Cuando entra en el templo y mira en el único altar un Cristo negro crucificado,

“Nicolás buscó los ojos. Siempre lo hacía., pero aquel rostro no tenía ojos, ni párpados. Sólo habían quedado unas cuencas oscuras y profundas.

—Aquí hasta Dios está solo, pensó Nicolás— y salió caminando hacia atrás”. (p. 39)

En cuanto a la búsqueda o huída de la madre, de que habla Jung,

no llegamos a saber si Nicolás huye o desea acercarse a su madre ya muerta. Se trata tal vez de que apenas hasta ahora va entendiendo su relación con Chabela, sus sentimientos hacia ella. Por una parte parece admirarla:

“breve, silenciosa y tierna al mismo tiempo y a la vez dura y fina”. (p. 71)

Pero también sentía cólera hacia ella, indignación, cuando justificaba a su padre, cólera de la cual hasta ahora se arrepentía por vez primera.

“Y también por primera vez experimentó arrepentimiento de esa cólera incipiente que sentía cuando Isabel le justificaba”. (p. 67)

El viaje, al ser búsqueda e indagación, puede entenderse como una peregrinación al centro, a la salida del laberinto. El viaje verdadero, no es huída ni sometimiento, sino que es evolución, una búsqueda en la que se parte de las tinieblas y se llega a la luz.

Como Jung decía, es también el anhelo nunca saciado, y vemos esto en el capítulo “Dueño y hambriento”, cuando Nicolás cumple su deseo de ser hombre rico. Aunque ese anhelo durase tan poco, fue muy fuerte en un momento, y ahora descubre que es el hombre más rico del pueblo. (pp. 57, 60 y 61)

“Nicolás, por fin, era el hombre más rico de alguna parte”.

II. El recuerdo

Se distingue en la simbología, una modalidad del viaje. Es la que se llama “Viaje a los infiernos”. Este simboliza primordialmente, el descenso al inconsciente, la toma de conciencia de todas las posibilidades del ser, tanto en lo cósmico como en lo psicológico. Dicha toma de conciencia es necesaria sólo para aquellos que no son elegidos por la divinidad para llegar al “paraíso” por la vía de la inocencia.

Por medio del recuerdo se logra la penetración en el pasado y al inconsciente. Ambos poseen una parte “infierno” y otra “purgatorio”. El infierno de los recuerdos, encierra las ideas de crimen y de castigo, y el purgatorio, las de penitencia y perdón.

Nicolás desciende en ese recuerdo del pasado continuamente, a

cada momento. Cada cosa, cada paso, le hacen evocar el pasado, su infancia y su juventud. Entre dichos recuerdos, podemos distinguir aquellos que pertenecen a lo que se conoce como “infierno”, y los del llamado “purgatorio”.

Los del infierno son todos recuerdos de muerte. Muertes claramente injustas. Los difuntos, por una razón u otra, no parecen “haberse buscado” esa muerte. Nunca son muertes naturales, siempre son sangrientos accidentes o asesinatos de gente que de algún modo es inocente. Tenemos por ejemplo al padre de Nicolás que:

“Un día, y un día que no había bebido ni una copa, un automóvil lo dejó muerto en medio de la calle”. (p. 21)

Y Emigdio, que sin tener culpa alguna fue fusilado con el pretexto de que era un agrarista y asaltante de trenes. Pero

“... se supo también dos días más tarde que el fusilado no había participado en ningún asalto de trenes”. (p. 36)

La muerte de ese hombre es particularmente cruel:

“Furioso, disparó toda la carga sobre la cara, más no tocó la boca. Entonces se inclinó y golpeó con el cañón de la pistola una, dos, tres, diez veces, desenfrenado”. (p. 34)

Sin embargo esos muertos recordados por Nicolás en su viaje a los “infiernos”, no son inocentes del todo; parecen inocentes porque el castigo que reciben es demasiado grande en proporción con su culpa. El fusilado, por ejemplo, fue muerto porque Ramona (que le gustaba al capitán) se había ido con él. Y la Piscuintilla, “murió de tres balazos que le dio por celos el teniente Filemón, y en plena sala de baile”. (p. 27), sólo por amar a Armando en lugar del teniente.

Y el padre de Nicolás se impone a sí mismo el castigo de asistir a todos los velorios, por no haber ido al de su esposa Chabela.

Por otra parte, el purgatorio en el viaje al pasado de Nicolás corresponde al recuerdo de su madre, para quien la “penitencia” de que hablábamos fue soportar un esposo ebrio y pobre.

“... en esta pocilga, que huele siempre a madera mojada y a trapo sucio. Mira nomás qué paredes... y luego ese cobrador con la cara sebosa y los ojos de bandido...” (p. 58)

En estos recuerdos de sus padres se encierra también la idea de perdón del purgatorio; perdón de Chabela hacia su marido (siempre lo disculpaba), y perdón de Nicolás hacia ella. (p. 67)

Como ya antes habíamos dicho, el “viaje a los infleños”, consiste también en la toma de conciencia de todas las posibilidades del ser, tanto en lo cósmico como en lo psicológico.

Ya al final de la obra, Nicolás hace este viaje hacia el ser mismo del hombre. Escruta sus posibilidades dentro del cosmos:

“Un gusano perdido en el mundo, pensó Nicolás. Pero ¿No habría también otros gusanos? ¿No sería aquel sitio bajo los árboles una ciudad de gusanos alegres y tranquilos...? ¿Y si los hombres no fuéramos sino una especie de gusanos a los ojos de otros seres superiores y enormes que nosotros no advertimos como los gusanos no nos advierten a nosotros...?”

Y recordó aquellas palabras que dijo una vez el triste Macedonio en la cantina El Ventarrón:

“En este mundo lo mismo es que se derrumbe un astro, o que muera un gusano ciego”. (p. 73 y 74)

Luego de ver esta posibilidad de que los hombres fuesen una especie de gusanos, “Lo invadió la sospecha de si él no sería también una de esas sombras imaginadas por alguien. El personaje de una novela todavía no escrita o de alguna que se perdió inédita...” (p. 76)

III. El sueño, la imaginación, el pasado

Soñar, recordar, ensoñar e imaginar, son también equivalentes de viajar. Nicolás sueña. Cuando está en la casa de Concha se queda dormido, y empieza a sentir llegar hasta él el aroma de un perfume de gardenia; simbólicamente el perfume es el recuerdo, el pensamiento que se satura de sentimientos y nostalgias. Y sueña con Concha, quien le cuenta su historia que de algún modo es la historia del fin del pueblo: un señor de a caballo se la roba cuando estaba tocando el piano. Al día siguiente todo el pueblo sale a perseguirlo, y así, se queda vacío, porque nadie regresa. (p. 52) No puede distinguir la cara de Concha y una gran ansiedad surge en él desde entonces por saber cómo era ella.

El deseo de revivir el pasado es una forma de viajar también, y esto lo intenta Nicolás casi desde que llega a pueblo. Tiene gran curiosidad por conocer a Concha, y no logra satisfacerla. En su sueño, no puede verle el rostro, y tampoco en la fotografía que de ella encuentra. Simbólicamente, la presencia del pasado, al igual que el espejo de la Cantina de los Adioses. El espejo refleja los cambios, las apariciones y desapariciones que se operan en el mundo, según la Simbología. También se le atribuye algunas veces un carácter mágico, en cuanto a que se le cree capaz de suscitar apariciones, para devolver aquellas imágenes que reflejara en el pasado, y también para anular las distancias temporales, reflejando lo que una vez estuvo frente a él y ahora está muy lejos en el pasado.

En su intento por revivir lo que ocurrió en el pueblo, Nicolás recurre a la imaginación, a todos sus conocidos los hace moverse y hablar en aquel lugar muerto.

“... Y los vio moverse, hablarse, odiarse y amarse. El pueblo estaba vacío y muerto, pero él, Nicolás, lo había llenado de sombras y las había puesto a vivir ahí. Los imaginó en sus casas y recorriendo sus calles con los ojos tristes, o los ojos brillantes, o los ojos tranquilos como los de la finada Chabela...” (p. 75)

Cada lugar a donde llega le hace imaginar cómo era la gente que en él vivió, qué hacían, qué decían.

El pueblo, que es una realidad para él, estuvo una vez en la imaginación de un amigo suyo, de Eufemio, el hermano de Macario. Eufemia quiso vivir en una ciudad sola para coger lo que quisiera y andar por donde quisiera. Todos se burlaron de él porque no lo creían posible, ahora “... sin embargo, Nicolás estaba donde Eufemio hubiera querido”. (p. 63) Está viviendo lo que una vez su amigo imaginó.

Por medio de este recuerdo vuelve Nicolás hasta sus días de escuela, y se adentra tanto en ellos que se sorprende de pronto mirándose los dedos de las manos, como lo hacía en la escuela para ver si no tenía manchas de tinta. (p. 65)

Recuerdos como éste, y el de su prima Laura, y el de su novia Isabel, lo conducen a un pasado que no es el mismo que el de el

“viaje a los infiernos”, en donde prevalece el crimen. Es este un pasado por el que se deja sentir una cierta nostalgia y una lejanía en el tiempo que tal vez se desearía acortar.

IV. La vida y la muerte

El viaje significa también el reverso de la vida, o sea, la muerte. Se manifiesta como un misterio que ejerce una fascinación sobre la conciencia del individuo y lo atrae hacia sí.

Este misterio corresponde en *El personaje*, al pueblo muerto en donde de pronto se encuentra Nicolás; este pueblo desconocido que él va redescubriendo y de alguna manera le atrae y lo hace quedarse ahí.

Según los hindús, existe el llamado “viaje del alma”, el cual consiste en que, al liberarse el hombre de las cadenas de la vida, sigue una trayectoria inversa a la que siguiera en el proceso de la manifestación. Y luego de haber salido de la vida, se le presentan al alma dos caminos: uno, volver a entrar a la manifestación, y el otro, quedarse en la liberación de la vida y no regresar: unirse a Brahama.

El proceso seguido por Nicolás, va de lo conocido a lo desconocido: de un tren igual a tantos que ha tomado en su vida (p. 7), a un pueblo muerto que él jamás ha visto. Cuando logra conocer el pueblo y llegar hasta el punto que más despertaba su curiosidad; el cementerio, su “proceso de liberación de las cadenas de la vida” termina. Y es cuando se le presenta el doble camino del que hablan los hindús: o regresar a la vida para volver a pasar por Varios estados de “individuación”; o bien, liberarse por completo de la vida.

En *El personaje*, la oportunidad de Nicolás para regresar a la vida era el tren, pero no lo toma. Cuando escucha el silbato no se levanta del césped, se queda allí y deja que el tren se vaya, llegando así a lo que sería la liberación absoluta de la vida. De acuerdo con la doctrina hindú, el desprendimiento del alma del hombre de la manifestación terrena, se da siempre a la luz del sol. Y así ocurre en esta novela de José Alvarado.

Despertar o salir del lugar por el que se viaja, significa resucitar o librarse de la muerte. Pero Nicolás va a quedarse dormido, sin salir de aquel pueblo.

Se encuentra Nicolás en una pequeña ciudad en ruinas. Estas simbolizan la vida muerta, las ideas y sentimientos que han perdido su calor vital. Nicolás atraviesa esa vida muerta en camino hacia la muerte definitiva. Según esta concepción, el pueblo vendría a ser una especie de lazo entre la vida y la muerte, en el que el hombre se prepara para esta última. Porque el sol que hace sudar tantas veces al personaje de esta novela, es símbolo de culpa y expiación de la misma. Y el lugar desierto, vacío, significa el abandono del mundo para penetrar en un estado más que individual; también significa la espiritualidad pura, el agotamiento del cuerpo para la salvación del alma, según los ascetas. Así mismo, el sacrificio es un medio para obtener energía espiritual; puede ser que de algún modo el recuerdo de las personas que en otro tiempo fueron sacrificadas, le sirva a Nicolás para obtener esa fuerza del espíritu.

El misterio del pueblo lo va envolviendo cada vez más y lo atrae. Es interesante en el capítulo IV, el retrato (p. 40), en donde Nicolás sueña con Concha. En su sueño, Concha le cuenta que tocaba ella el piano y cuando lo hacía las calles se llenaban de música; pero cuando el hombre la robó todos salieron a seguirlo y no volvieron jamás. Ella se pregunta “Lo siguieron; por mí?... ¿Los siguieron por la música?”. (p. 52)

El músico simboliza la atracción de la muerte y en una zona intermedia entre lo diferenciado y lo indiferenciado, entre lo material y la voluntad pura.

Concha, la pianista, atrae desde entonces a Nicolás, y hasta en el panteón descubre él que se encuentra tendido al lado de la tumba de la muchacha. Su misterio le llama la atención: el hecho de no poder verle el rostro, de que éste hubiera sido cortado en el retrato, de que en la foto hubiera una mancha que podría ser de sangre, etcétera. Todos son factores que mueven su curiosidad y hacen a Concha atractiva para él hasta llevarlo al cementerio. Igual que su música había sacado a todos los habitantes del pueblo, ahora también atrae a Nicolás. De acuerdo con una creencia de la India la vida es sólo un puente. Conforme a esto, el momento en que echan a Nicolás del tren en un lugar oscuro y desconocido (en donde se

ayuda de la luz de la luna para entrar en un Sitio que le pareció seguro) correspondería al nacimiento; el paso por el pueblo, a la vida, y el cementerio, a la muerte.

Esto concuerda también con la concepción de Heidegger, del “Dasein”, o “estar arrojado allí” en el mundo sin haberlo querido ni escogido. Y Heidegger destaca en este Dasein tres elementos:

- a) El descubrimiento de estar en el mundo
- b) Saber que se depende del mundo
- e) Descubrimiento de varias alternativas

Además:

- 1) El yo se da cuenta de su punto de partida
- 2) El yo ve el camino que puede escoger
- 3) Organiza racionalmente sus propios proyectos

Nicolás fue arrojado del tren, sin haberlo deseado, a un pueblo que no conoce (nacimiento). Al amanecer se da cuenta de donde se encuentra y comienza a explorar el lugar (a). Descubre que no depende de él mismo (Sino de la situación del lugar donde se encuentra) en el momento en que siente hambre, porque sabe que saciarla no depende de sus nueve pesos; sabe que éstos de nada le sirven ahí (b).

Y descubre en su viaje por la vida varias alternativas: Primero, se le presenta una explanada como un horizonte (p. 13); luego varios caminos, uno cerrado y dos abiertos:

“La calle por donde caminaba hacia, a las dos cuerdas, una curva y cerraba toda perspectiva; la perpendicular ofrecía sus dos términos: a la derecha pronto iba a perderse en la polvorienta llanura, a la izquierda continuaba cerca de medio kilómetro hasta encontrarse con una tapia blanca, como de un cementerio”. (9 p. 31)(c)

Además Nicolás se da cuenta de su punto de partida (1) un poco después de despertar en la **estación**, cuando recuerda que fue echado del tren. Considera luego los senderos que puede escoger: (j. 31); y elige su

camino (3) desde el momento en que un cementerio en un pueblo muerto llama particularmente su atención, y hacia allá dirige sus pasos.

Los obstáculos que se encuentran durante el viaje “nacimiento-vida-muerte”, están representados por el muro “alto y sin ventanas” (p. 32) con el que se topa Nicolás.

El espejo de la Cantina de los Adioses en el que se observa el personaje, tiene entre otros simbolismos el de puerta por la cual el alma tiene la posibilidad de disociarse y pasar “del otro lado”; y así, aunque el espejo de esta cantina estaba cubierto de polvo, Nicolás lo limpia para verse reflejado en él, lo descubre. El significado del muro es opuesto al del espejo. La pared simboliza la inmanencia, la imposibilidad de transir al exterior es una detención, un obstáculo o una resistencia, que Nicolás logra superar en su viaje.

Nicolás, sin embargo, no es el único que viaja en *El personaje*. Hay otro ser que también recorre un camino hasta llegar a un fin: el gusano verde del cementerio, cuya meta era terminar de subir el monumento (p. 74). Se establece un paralelismo entre Nicolás y el gusano: ambos caminan y llegan a una meta.

El gusano es una criatura que simbólicamente mata en lugar de vivificar. Por su inferioridad, según Jung, está íntimamente relacionado con la muerte, y la simboliza. En esta novela, el gusano es símbolo de la muerte de Nicolás, que llega a la tumba: cuerpo material, lugar de las transformaciones.

Bibliografía:

Alvarado, José. *El personaje*. México. Los Presentes. 1955.

Luces de la ciudad. Monterrey. UANL. 1978.

Cencillo, Luis. *Nito*. Madrid. Biblioteca de Autores Cristianos. 1970.

Doyle, Mc Keachie. *Psicología*. México. Fondo Educativo Interamericano, S.A. 1978.

Escobedo Díaz de León, M. Rodolfo. *Problemas Filosóficos*. Monterrey, 1979.

La India literaria. México. Ed. Porrúa. 1977.

Rangel Frías, Raúl. *José Alvarado, el joven de Monterrey*. Monterrey. UANL. 1977.

José Alvarado en el recuerdo. México. Anuies. 1975.